

EN PARISIANA, por Almoguera.



20 cts.

—¿Usted no debuta?
—No,
porque el precio me discuten.
—¡Ah!... Pues le aseguro yo
que usted resultará...

CHARLA SEMANAL



La nota culminante de la semana es, sin duda alguna, el incidente de Alcazarquivir, promovido por el teniente Thiriet.

Como estamos convencidos de la trascendencia é importancia que en los asuntos internacionales tienen los artículos de *entrada* de MADRID CÓMICO, renunciamos á emitir *en serio* nuestra opinión sobre tal extremo; pero no podemos renunciar á recoger y anotar aquí la indignación que el incidente de

Alcazarquivir ha producido en el ánimo de los verdaderos patriotas.

Aquí tenemos á D. León, un tasador de ropas del Mon-



te de Piedad, descendiente directo de uno de aquellos chisperos que *batieron el cobre* el año 1808.

D. León, que ya estaba un poco mohíno con Francia desde la cuestión Boisset, se encuentra ahora verdaderamente indignado con todo lo que huele á francés.

—Mira, Ursula,—dijo el bueno de D. León á su esposa cuando se enteró de lo de Alcazarquivir—desde mañana se suprimen en esta casa las *francesillas*, y matas al loro, que es muy aficionado á cantar la Marsellesa, y retiras el saludo á la institutriz del segundo, y no me vuelvas á servir tortilla á la francesa.

—Pero hombre, ¿á qué viene todo eso?

—Todo eso viene á que los franceses son nuestros enemigos de siempre, y yo no puedo olvidarme de que llevo en las venas sangre de chispero.

—Pero...

—¡Ah!... Y esta misma noche pones en la calle á ese profesor de idiomas que nos tiene alquilado el gabinete; no quiero nada que huelva á francés.

—Pero si D. Florencio es de Aldeanueva del Camino.

—Pero se dedica á enseñar la lengua de Moliere, y esto me basta.

—El caso es que nos da cinco duros mensuales, y siempre es una ayuda.

—¡Aunque nos diera cinco mill!... No quiero nada con los franceses.

—¡Ay!... ¡Si pudiéramos hacer lo mismo con los *ingleses!*...

—Ya lo haremos, si se empeñan en meter las narices en terreno marroquí.

En este momento D. León da un salto en su asiento como si le hubiera picado una vívora.

¿Por qué?... Muy sencillo. El loro ha empezado á cantar la Marsellesa; un organillo da al aire las estridentes notas de un cuplé francés, y tres discípulos de D. Florencio, el huesped del gabinete, comienzan á contar en voz alta por la numeración francesa...

Y el que paga el pato es el loro, que deja de existir víctima de un formidable estacazo que le propina don León, que canta con verdadero ardor bélico:

¡Viva España!
¡Que vivan los valientes!, etc., etc.

**

Desde que empezó á apretar el calor, los madrileños nos pasamos la vida tomando horchata con paja y oyendo á la Banda municipal.

Toda señorita decentemente amueblada, concurre indefectiblemente á Rosales los jueves y domingos, que son los días de concierto.

Por el paseo de Rosales tienen cierta predilección los y las jóvenes en estado de merecer.



Y esta predilección está perfectamente explicada: los conciertos son de noche, de diez á doce, la aglomeración de gente es muy grande y el arbolado es lo suficiente-

mente frondoso para evitar, en parte, el paso de la luz...

¿Me han comprendido ustedes?

No hace muchos días hablaba yo con una asidua concurrente á estos escarceos nocturnos, que se entretenía en enumerar las ventajas del paseo de Rosales.

—Es el sitio más fresco de Madrid—me decía—y además es en el que con más frecuencia suele tocar la Banda.

—Ya, ya, señorita. En Rosales se toca mucho.

—¡Ay!... Sí, señor; *se toca*—respondió mi bella interlocutora; y envolvió la respuesta en un prolongado suspiro..

*
**

Con motivo del pleito, lío, disgusto ó lo que sea del Sr. Mosquera con la Diputación, los aficionados á toros están que se les puede ahogar con el más insignificante pelo del bigote.

—¡Dios mío!—dicen más de cuatro aficionados en su tertulia del café.—¡Un domingo sin toros!... ¿Pero en qué pensará este pobre país que no se subleva?

—¡Aquí ya no hay patriotismo!

—Bien está que nos suban las cédulas, que nos coloquen el impuesto de inquilinato, que recupere el Poder Maura y hasta que venga el cólera; pero ¿cómo es posible que vivamos sin toros una semana más?

Aficionado hay que desde el domingo pasado no hace nada á derechas.

Yo conozco uno que va á la oficina con la cara más seria que una diligencia de desahucio; llega, y, en vez de ponerse á despachar los expedientes, envía á un ordenanza por *El Imparcial* y se pasa la mañana leyendo las revistas de toros de provincias.

—Diga usted—le interrumpe un subalterno,—¿sabe usted cuantos folios tiene el expediente de Manzanares?

—«Manzanares, diez y ocho.»

—¿Diez y ocho nada más?

—«Manzzantinito y Manolete. Toros de Bañuelos, gordos y bien criados, bravos y nobles...»

—Mire usted que lo pregunta el ministro.



—¡Me quiere usted dejar en paz!... Dígame usted al ministro que mientras no haya toros en Madrid no sé nada de expedientes, ni de folios, sino de faenas de muleta!... Y este hombre, que lo van á dejar cesante, no es más que una víctima del pleito de Mosquera con la Diputación.

Mingo Revulgo.

(Dibujos de Anca.)

NUESTRA ACCION EN MARRUECOS

(CARTA Á UNA NOVIA)

Lejos de mí suspirarás acaso
vertiendo amargos lloros,
y más sabiendo que la vida paso
vis á vis de los moros.

Aquí me tienes por mi suerte loca;
calma tu desazón,
que lo paso muy bien en esta roca,
que es Cabo Negrón.

Aunque está por las olas combatida,
brinda paz octaviana,
y en ella cada cual pasa la vida
como le da la gana.

Sin tender la mirada á otros confines
se halla placer sin cuento
mirando cómo cruzan los golfines
el líquido elemento.

Y sin nublar la paz que aquí se siente
la política gresca,
resignada y feliz vive la gente
dedicada á la pesca.

Los ratos los pasamos muchas veces,
¡qué inocente disfrute!,
cansados de coger lapas y peces,
en el juego del tute.

En tus cartas tus celos adivino,
mas son celos en vano;
lo que hay aquí del sexo femenino
es bastante mediano.

Goza fama una tuerta entre esta gente
de ser una gran cosa,
y si horrible es la tal vista de frente,
de canto es horrorosa.

Hay también por aquí una cantinera,
vulgo *La jaca torda*,

que tiene unas narices... ¡de primera!
y está la mar de gorda.

Yo me paso mirando horas tras horas
las moriscas arenas,
y aún no puedo decirte si las moras
son rubias ó morenas.

A un moro que comercia en jabalíes
le hago preguntas varias,
y me suele contar de sus huríes,
cosas extraordinarias.

¡De seis mujeres, el amor sin tasa
y las caricias cobra...!
y entre nosotros todo el que se casa
una tiene y le sobra.

Mas no extraño que el moro halle atractivo
entre rubias y negras;
lo que me causa asombro es que esté vivo
teniendo tantas suegras.

Ya ves cómo la tierra en que me agito
mi buen humor no acalla...
¡tan sólo cuando pienso en tu palmito
rompe el dolor la valla!

Y tú, entre tanto, llorarás acaso...
Calma, calma tus lloros,
que lo paso muy bien, aunque lo paso
vis á vis de los moros.

.....
Y cuando llegue el venturoso día
que mi mente ambiciona,
al volver á tu lado, vida mía,
¡te llevaré una mona!

Por la copia,

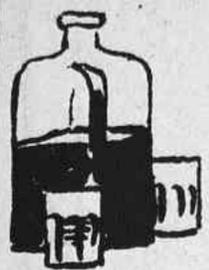
J. Muñiz de Quevedo.



Barbero

—No me gustan ni los rubios ni los morenos.
—Ay, hijal! Pues é mí me gustan la mar las castañas.

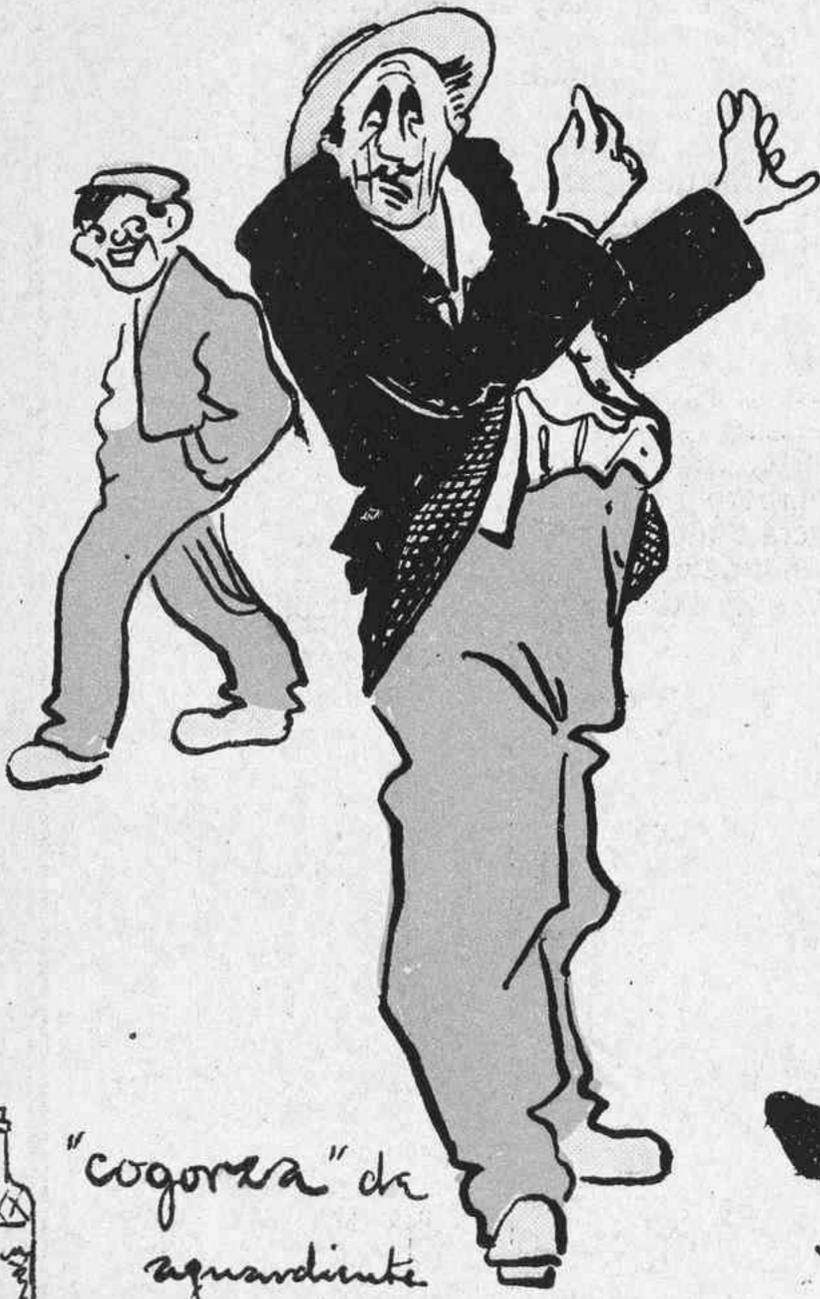
NOMBRE Y SEÑA DE LAS BORRACHERAS, por Almoquera.



"Merluzas" de vino



"curda" de vinillo



"cogorza" de aguardiente



"Un peu alegres" de Champaña





Una vez por semana, cuando menos,
me rasuran en cierta barbería,
cuyo dueño, que es uno de los buenos
oficiales de hoy día,
me sirve con primor tan socorrido
que le estoy noblemente agradecido.

Pero es el cuento
que, en uso de un perfecto pensamiento,
tuvo el hombre la idea
de casarse con cierta Dulcinea
de Zamora, mujer de muchos años,
que si no le impulsaba á Citerea
en cambio le lavaba bien los paños.

Pasó el tiempo veloz día tras día,
y como ya es sabido
que siempre la mujer ruega y porfía
del hurraño marido
el uso continuado del derecho
innegable de ser provocadora,
complació el buen barbero á su señora,
resultando del hecho
un niño rubicundo y tan hermoso
que encantó á la parroquia del coloso.

Hoy cuenta cuatro abriles el dechado
retoño del barbero,
y lo tienen algunos tan mimado,
que resulta el chiquillo un descarado,
pertinaz y grosero.

Ved la prueba de su falaz manía:
Rapándome se hallaba el otro día
su padre cachazudo,
cuando el niño salió de la trastienda,
canturreó el saludo,
y atando á mi sillón un fuerte nudo
se internó en la vivienda
llevando en una mano el otro extremo
de la comba que utilizara el memo.

El papá, que advertido el juego había,
juzgándome de toda confianza,
calló la monería
y esperó el resultado de la chanza.
En efecto: un tirón rápido y fuerte
de la cuerda, tumbó con gran estruendo
mi sillón y persona, de tal suerte,
que si sigo viviendo
se lo debo á la divina Providencia
solicita en velar por mi existencia.

¡Qué aullidos; qué tremendas risotadas
corearon el acto del mocoso...
¡y qué dos bofetadas
le hubiera yo pegado por gracioso!
Total: hice el ridículo;
destrocé un adminículo,
muy útil recipiente,
y logré este montículo

que adorna el lado izquierdo de mi frente.

Otras veces el descarado infante
sus vértigos pueriles entretiene
atisbando el instante
de mayor distracción del parroquiano
para hacer la diablura que le tiene
dado fama gigante
de precoz, de gracioso y de gitano.

Consiste tal diablura
en soltar el tornillo que la altura
gradúa del respaldo
para ver descender la apoyadura
del cliente, siendo la proeza
que puede bien costar una cabeza.

Por mi parte, consiento de buen grado
que el papá singular me tome el pelo;
que me hable como sabio consumado
de las cosas terrenas y del cielo,
y apure cuanto pueda para el pago;

que, dándome el jabón,
se le ocurra salir á echar un trago
y me deje en aquella posición
los minutos que quiera hacer el vago;
y, por fin, le consiento
que titule *Schampooing* á un cocimiento
de *colastras* y pipas de melón
y hasta el sobo y resobo de mi faz.
¡Pero todo muy lejos del rapaz!

.....
.....
¿Si será incompatible, madre mía,
ser barbero y ser padre cariñoso?
¿Si será bodegón, por barbería,
la tienda de este ser tan venturoso?...
¡¡Oh, problema social, cuán pavoroso!!

Juan Casero.

(Dibujos de Thales.)





No se puede pronunciar la palabra *poetisa* sin una leve mueca de ironía; Luis Taboada las crucificó en el más cruento ridículo junto á las de Besúñez y á las de Molinillo.

Llamaremos también poetas á las damas que poseen la inofensiva afición de la lírica, y añadiremos que la Condesa del Castellá es una gran poeta. Ved, como prueba, este soneto encantador:

EL CISNE NEGRO

Te contemplo en la noche litúrgica de Junio, surcando con las alas fulgurantes de seda mi lago opalescente que nimba el plenilunio. Negro cisne, fantasma del amante Leda, de aquel cisne de ensueño que perdió mi infortunio vaga imagen; tu enigma en mi espíritu queda. Ni altanero, ni esquivo, con el cuello enarcado, me brindas las ingenuas caricias ideales, y en mi túnica apoyas el pico sonrosado con la gracia elocuente de los besos carnales. Trovero me pareces, gentil y enamorado más que príncipe ó verbo de mitos divinales, peregrino que buscas amor que no has hallado caricias perezosas de manos imperiales.

Este libro *Poema del cisne y la princesa* es una gentilísima ejecutoria de poeta. Nada más íntimo, más aristócrata, más sutil que estos sonetos admirables, modernísimos de técnica, llenos de una melódica vibración espiritual. Poseen estas rimas un hechizo inefable; parecen compuestas con aromas de nardos de jazmín, de azucena con plata de luna, tal es en la sensación de blancura y de transparencia que nos dan.

Yo guardaré este libro entre los cinco ó seis volúmenes de que consta mi biblioteca. Diréis que es muy escasa; pero, qué queréis, la mayor parte de los libros que se publican son de una pesadez tan embrutecedora... Y mis cinco ó seis libros favoritos me ayudan á surgir de tanta laguna de vulgaridad como tiene mi vida. Son igual que un divino puente de plata tendido hacia el ensueño. Así los *Poemas del cisne y la princesa* que tiene en sus páginas un celeste resplandor de ideal.

*
**

El Sr. Carretero se ha ofendido mucho por unas leves divagaciones que yo hice á propósito de su libro *Desamor*, y me pide en términos descompuestos que rectifique mi juicio. He vuelto á leer el libro; veréis que tengo un espíritu de sacrificio digno de los primeros mártires del cristianismo.

Lo siento mucho; pero me parece aún más trivial su noveluca después de esta lectura. Le repito que con el tiempo, aprendiendo á observar y, sobre todo, á escribir, que es lo que le hace más falta, puede que llegue á elaborar libros algo aceptables.

De todos modos, no tiene derecho á ofenderse por mi artículo anterior, ni á escribirme una carta llena de bellasquerías. Así demuestra que, además de ser un escritor péximo, no es un ciudadano cortés. Ni la injuria, ni la va-

lencia se pueden considerar elementos de controversia literaria. Y si el Sr. Carretero posee estatura, buenos bíceps y lengua mordaz, no por eso va á poder hacernos creer que es un novelista estupendo. En literatura no se puede tolerar que se *pida barato* como en las chirlatas; lo interesante es demostrar que se tiene talento y que se saben escribir obras bellas. Y el Sr. Carretero no ha demostrado nada de esto.

Y basta. Le felicito por sus gestos de bizzarria, que serán muy útiles para en caso de guerra, pero quedamos en que su novela es pornográfica, de mal gusto é insignificante. Y quedamos también en que yo tengo derecho y autoridad literaria para criticarle, siempre dentro de los términos de la buena crianza—¡sería peregrino que un señor pudiera amordazar la opinión y fabricarse un nombre literario por el procedimiento de la violencia!

*
**

D. Zebedeo Peyrolón, poeta del gremio de mercería, en Venezuela, me reta á singular combate por un ligero juicio que yo hice en estas columnas hace algún tiempo.

Me dice en un periodiquito indígena, órgano de los *chicos de sedas y tejidos*, que me va á *ultimar*, que siente deseos de *perjudicarme* y que vaya allí para tan desagradable contienda.

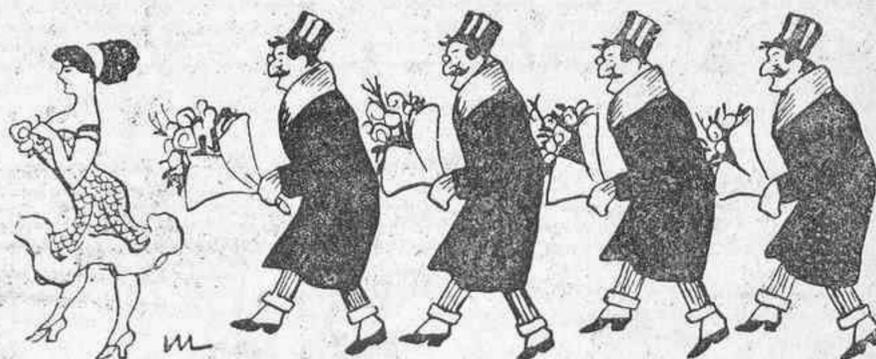
Lo siento mucho señor de Peyrolón; vive usted muy lejos... Además, si se tratara de *D'Annuncio*, tal vez me animaría, pero con un joven chirle como usted...

Aquí lo más interesante es que nos demuestre que sus versos no son suficiente motivo para reducirle en un tonticomio.

Yo me quisiera morir
ay, yo quisiera partir
de una cornamusa al son.
Sintigo la vida es yermo.
Y vivo como un enfermo
de sonambulización.

Quedamos en que no voy á un país tan lejano para tener la incomodidad de que me *ultime*. Me paso yo muy bien *sintigo*, Sr. de Peyrolón.

Emilio Carrere



JUANITA LA DIVORCIADA

Opereta de Felipe Pérez Capo, con música de Leo Fall.

Declaración de Gonda.

CANTO
PIANO

Gonda

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, written in a treble clef with a key signature of one flat (B-flat) and a time signature of 8/8. It begins with a whole rest followed by a half note G4, then a quarter note A4, and a quarter note B4. The middle staff is the piano accompaniment, also in a treble clef, with a key signature of one flat and a time signature of 8/8. It features a series of eighth notes: G4, A4, B4, C5, D5, E5, F5, G5. The bottom staff is the piano accompaniment in a bass clef, with a key signature of one flat and a time signature of 8/8. It starts with a whole rest followed by a half note G3, then a quarter note F3, and a quarter note E3. The system concludes with a double bar line.

lance muy pronto la - bre de con tar que no tiene nada de

parti-en-los su - biel ca ba lle-roal mismo vagon y

sin que no - ta ra lae - quivo ca - cion al verme allí dentro me

sa lu do y un po co tur ba do per don me pi, dia. gío sus ma letas y

qui so ba- jar pe- ro el emplea- do aca- ba ba de cerrar

Da no se pu do a brir la puerta y yo me que- de yer- ta-

yel se que do tam bien pnes ya sa li- á el tien

que el vals en ch... pier...

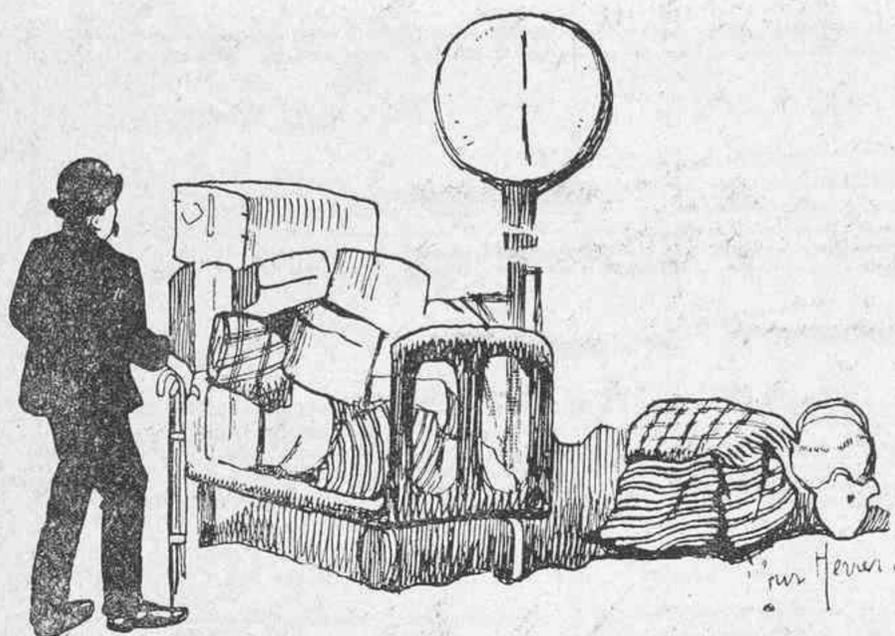


La pesadilla constante de muchos hogares la constituye á estas horas el veraneo.

¿Quién es el que se resigna á pasar en Madrid el mes de Agosto?

Sencillamente los que tenemos obligaciones ineludibles que cumplir en la corte y los amantes de las kermess, que amargan nuestra efímera existencia en esta época.

El otro día tuve la peregrina ocurrencia de visitar á mi querido amigo Burgondóforo Pimentel en el preciso momento en que éste bajaba por la escalera con dos sombrereras en una mano y un biberón en la otra.



—¿Estáis de mudanza?—le interrogué.

Y mi pobre amigo, que por cada pelo sudaba una gota, al verme abrió los brazos y exclamó con desaliento:

—No; es que vamos á veranear. Por cierto que nunca agradeceré bastante tu oportuna llegada, y espero que me auxilies en nombre de nuestra buena amistad—agregó, al mismo tiempo que me alargaba una sombrerera, que no tuve más remedio que aceptar.

La familia de Burgondóforo se compone del matrimonio, seis hijos y dos criadas, que, aunque no pertenecen á la familia, están consideradas como tal, por ser oriundas de Villacepillo, pueblo natal de la madre política de D. Burgondóforo.

Con las sombrereras en la mano llegamos al portal, ante el que un ómnibus de seis asientos esperaba el momento de partir en dirección á la estación del Norte.

¡Qué rato más amargo pasé! Juro por todos los manes de mis antepasados no volver á visitar á nadie más en esta época por si se encontrara en igualdad de circunstancias á mi querido amigo Burgondóforo.

La esposa de éste no cesaba de

hacer recomendaciones á la portera:

—Severiana, que no deje de poner las hojas de lechuga en las jaulas de los grillos; riegue las macetas todas las mañanas y cuide de no cantar delante de Trovador (Trovador es un galápagos que heredó D. Burgondóforo, en compañía de otro, de su buen padre D. Sisenando Pimentel, jefe de Administración, que se perecía por los bichos). El pobrecito es muy sentido, y no levanta cabeza desde la muerte de su compañero Franklín.

Mientras la dueña de la casa seguía dando instrucciones ya instalados dentro del coche, uno de los niños se divertía

haciéndome cosquillas con un pay-pay, mientras otro ascendía por mis hombros gritando: «Arre, burro».

Intenciones me dieron de apearme para no volver nunca más á visitar á la familia de D. Burgondóforo; pero ante la insistencia de éste rogándome

que llegara á la estación, donde podría serle útil, me resigné á seguir sufriendo otra hora.

Por fin el coche arrancó, y cuando nos creíamos ya felices, otro de los niños empieza á pedir *totolate* á grandes voces, con acompañamiento de lágrimas, pateo y demás recursos propios de la indignación infantil.

El *totolate* estaba dentro de un baúl, de los seis que componían el equipaje, y D. Burgondóforo me insinuó la necesidad urgente de subir á buscarlo al imperial del coche, donde iban amarrados los baúles, pues al niño le daría el ataque si no era complacido seguidamente. Por otra parte, íbamos con el tiempo tasado, y no convenía ordenar parar el coche y mandar subir un mozo que encontrara el chocolate.

Gateamos, pues, como pudimos, y, por fin, hallamos dos onzas dentro de una media, junto á un retrato de Pío X.

Burgondóforo y yo nos miramos satisfechos.

¿Voy á narrar á ustedes los mil incidentes más que se desarrollaron en el camino?

No quiero apesadumbrar su ánimo con la narración de las exigencias infantiles que nos bloquearon todo el trayecto.

Por fin, á la media hora, nos encontramos frente á la estación, y respiré.

Mientras descargaban toda la balumba de equipajes, llegamos á la taquilla, tomamos los billetes, y facturamos seguidamente los siete baúles que ya descansaban sobre la báscula.

Pasados al andén, Burgondóforo me invitó que subiera con ellos, para ocupar un asiento más, hasta la hora de la salida, y de esta forma poder viajar más desahogados.

Se instaló el matrimonio, los chicos, las criadas, y, por indicación de la señora de mi amigo, se colocó al niño pequeño, Ramirín, tendido sobre el asiento y cubierto con una manta de viaje, para que siguiera durmiendo.

Charlábamos tranquilamente, ajenos á todo incidente, cuando un grito de horror lanzado por una de las domésticas nos hizo volver la cabeza.

¡Horror!

Por la entrevía, había subido un caballero, al parecer viajante de comercio, catalán, y se había dejado caer pesadamente sobre el bulto que formaba el cuerpo de Ramirín, cubierto con la manta de viaje.

La esposa de D. Burgondóforo, soltó un grito, y cayó desmayada. Hubo carreras en el andén, sustos, síncope, vasos de agua con vinagre para que reaccionaran las más alarmadas. Hasta que por fin se pudo averiguar la causa del accidente y las consecuencias de éste, que no fueron tan terribles como en un principio se creyó.

Ramirín había resultado ileso milagrosamente.

¡Oh, los encantos del veraneo!

José Gómez Rochera.



(Dibujos de Cruz Hervera.)



FOTOTIPIAS

Rosa Mena.

I

Pues señor... Héme allende el Pirineo, cruzando el valle de Bidasoa, á una velocidad suicida y con una mujer ideal.

Una mujer ideal que viste admirablemente, sonríe admirablemente y juega los ojos admirablemente. A mí no me cabe duda que esta mujer es francesa, se baña en néctares puros y lee á Marcel Prevost. Apostaría ciento contra uno...

Bien. Por de pronto, esta mujer me mira de un modo maravilloso. Y como yo, por mi parte, la imito; y como nuestro silencio ya va resultando ridículo (estamos absolutamente solos); y como yo no me decido á hablar... la viajera ideal me habla.

—Caballero, vamos haciendo el tonto. Ahora creo en el embarazo de los silencios y en su peligro. Si yo no corto nuestro mutismo, y sigo contestando á sus miradas de usted, usted habría acabado por abrazarme, y con mucha razón. Sé que le gusto á usted, y que me está usted imaginando sin ropas, y que le intriga, y que se pregunta usted si se casaría conmigo. Pues bien; voy á complacerle en algo. Me llamo Rosa Mena y soy española: habitualmente vivo en Burdeos, donde ejerzo de profesora de patín; me agradan casi todos los hombres y con casi todos coqueteo. He leído *Manón Lescaut*, y el Korán en lengua árabe: he dado por esta escarcela 90 francos; soy muy caprichosa. Calzo el 36. Tengo unas pantorrillas preciosas, y lo demás al tenor de las pantorrillas. La edad no me molesto en decírsela, porque no me creería; la que represente y un par de años más... Y no recuerdo qué otra cosa. Que soy soltera del todo, ¿usted me comprende? Ahora hábleme usted. Yo me hago repetir que es española.

Entramos en un túnel.

II

Burdeos.
Hace un calor de todos los demonios.

La calle de la Intendencia es una Babel de gentes y vehículos.

Cojo el panamá y el bastón y abro la puerta de mi cuarto, que (entre paréntesis) me cuesta un sentido.

En el umbral, Rosa Mena me tiende su blanca mano.

—¿Usted?

—Sí, señor, yo. Es usted un ingrato.

—Pero ¿cómo ha sabido?...

—Ya ve usted... Cosas... Vengo á buscarle á usted.

Se cuelga de mi brazo y salimos.

—Déjeme el bastón y el dinero que lleve encima. No se trata de un sablazo, ¿eh?

Yo le doy mi cartera.

—Es sencillamente que voy á llevarle á usted de compras, y no quiero que usted haga el simple. Sólo me convidaré á *cherry-brandy*. Mi favorito.

Yo la dejo obrar y decir. Esta camaradería y esta originalidad me encantan.

Recorremos los comercios. Rosita, como ella misma me contó, es una golosa y una caprichosa terrible.

Los horteras me dirigen sonrisas picarescas. Lo menos me creen un amante de Rosita, y algunos miran con insistencia hacia la calle, esperando ver aparecer al marido con un notario *ad hoc*. Yo me envanezco, claro...

A la hora del aperitivo nos sentamos en un café.

Rosita me pregunta... mi razón social.

Le respondo que marino frustado, y que confío en llegar á procurador de los Tribunales. Díceme que qué es eso, y yo le contesto que no lo sé.

Ambos reimos mi ingenuidad.

—Supongo que no servirá usted para esposo mío—me dice Rosita luego.—No ganaría usted ni para bombones.

Yo siento un leve rencorcillo contra mi futuro cargo de procurador de los Tribunales.

—Además—continúa Rosita—que usted me gusta. Pasearemos juntos. Igual que camaradas... usted me hará versos muy bonitos... Iremos á los muelles, al atardecer. Y si usted lo quiere, cuando yo me case, será usted el amigo de mi marido...

Manolo Galán.

Veraneo cómico

¿QUÉ BALNEARIO PREFIEREN USTEDES?

Agua bicarbonatada, sulfurosa, no caliza; pasaré una temporada...

—¿En dónde?

—En *La Porqueriza*.
Felipe Trigo.

No sé cuál consejo seguir.

Unos me recomiendan *Aguas Buenas*; otros, *Aguas Calientes*; y hay quien me pondera como más eficaz el balneario de *Siete Aguas*.

—Lo mejor es que siga usted el Consejo de Estado.

—¡¡Jamás!!

Gasset.

En mi gusto nadie manda, y me parece muy justo que me vaya, si es mi gusto, á *Porvenir de Miranda*.

El rimador de su prosa.

Para mí no hay *cura* de aguas. Estoy condenada á *Loeches* perpetuo.

Margarita la Tornera.

Estoy sin una peseta, y en los periódicos leo que este y el otro poeta se han ido de veraneo; me voy á *Arechavaleta*.

Un laureado.

Hace cuarenta años que tomo las mismas aguas, las de *Frailles*.

Y me sientan admirablemente.

José Nakens.

Mis causas, una por una, presencié desde el banquillo; ahora me marchó á *Fortuna*.

Vuestro colega,

El «Vivillo».

Mi balneario predilecto está en relación con el mostrador de mi tienda.

Veraneo en *Para-cuellos de Gilocca*.

Un camisero.

¿En Ceuta el moro *Valiente* y Alemania en Agadir? Veo que no he de salir por este año de *On-Teniente*.

Uno de la Valerosa.

Por la «recolección»,
El Frescales.

Madrid, Julio, 14-1911.



PLAYERAS, por Anca.



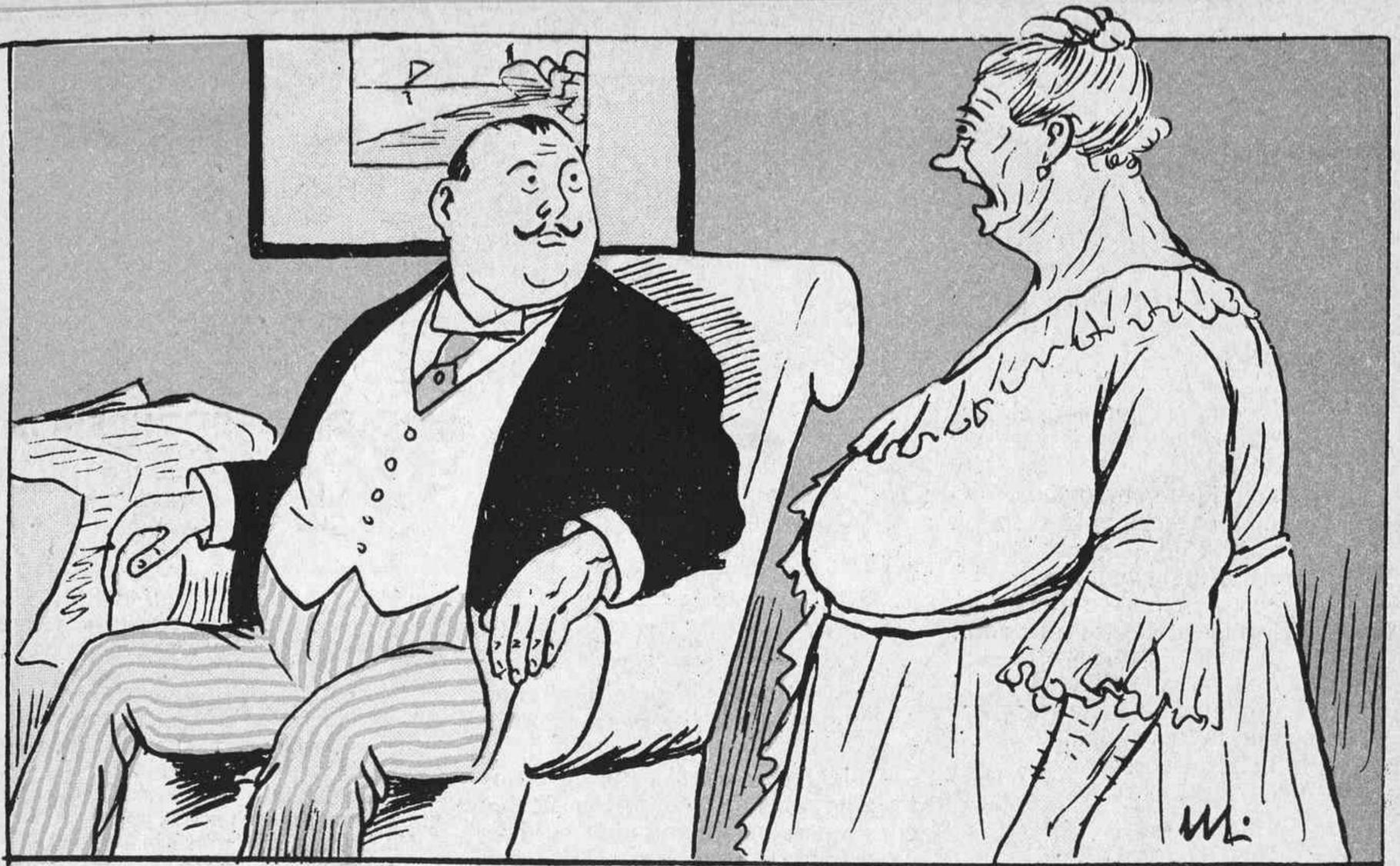
Anca

—Y ahora, ¿cuántas copas tiene usted, gran regatista?
—Nada más que seis de cognac; sólo son las nueve de la mañana.

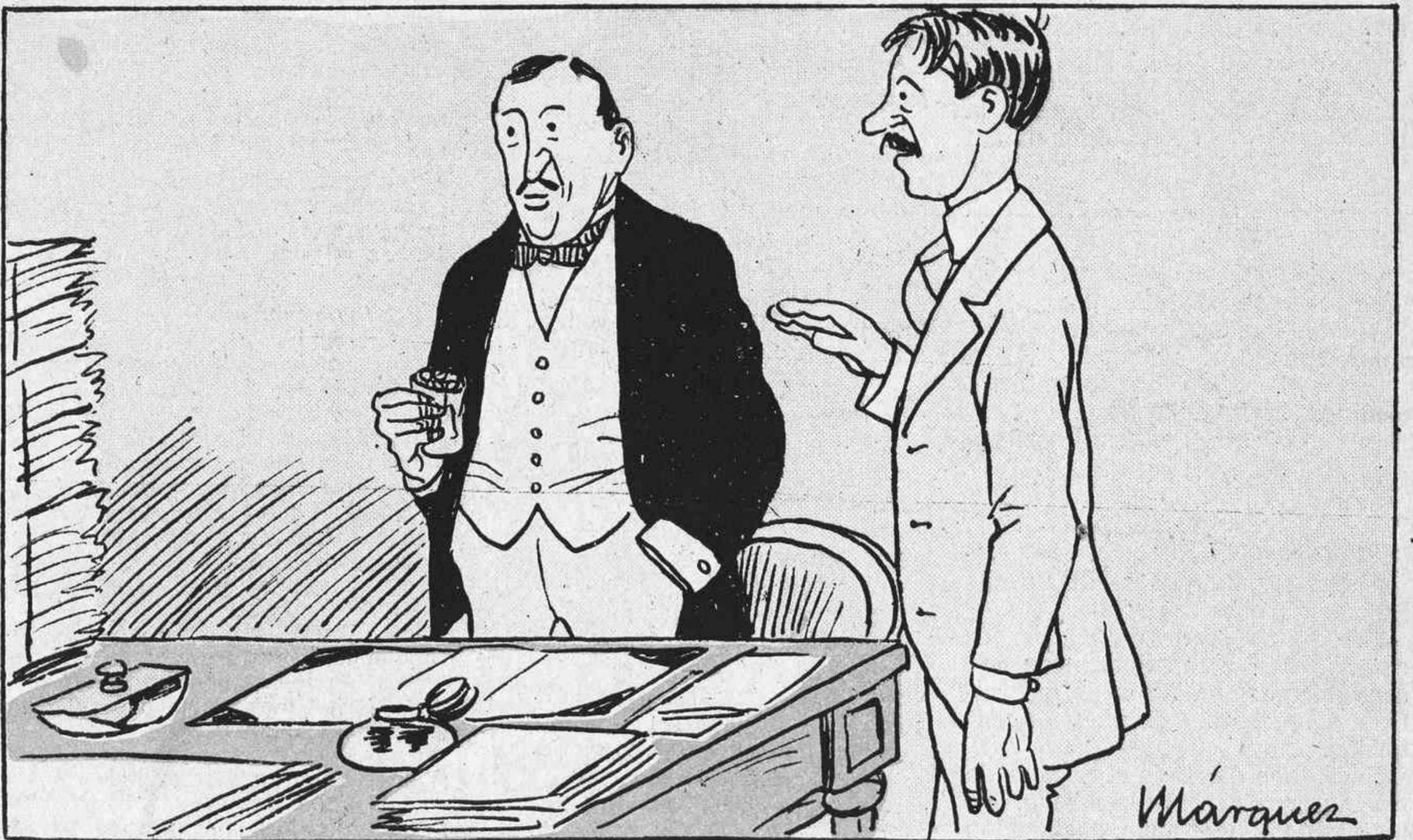


Anca

—Aquellas muchachas deben estar bien educadas.
—¿Por qué?
—Por que entran en el agua «con muy buenas formas»

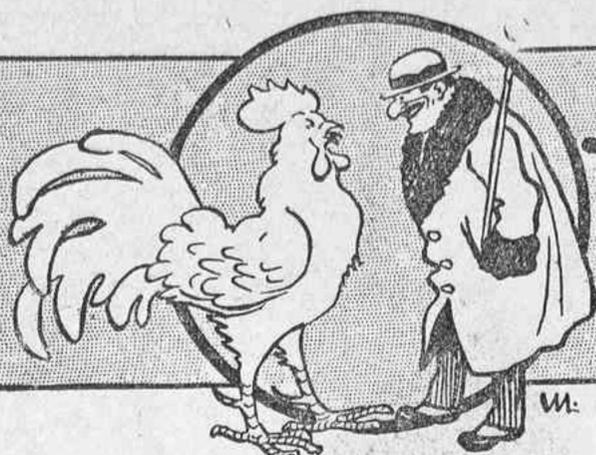


—Don Arsenio, desde hoy me tiene usted que pagar más pupilaje por el agua.
—¿Cómo por el agua?
—Claro; ¿no vé usted que en el Lozoya se bañan los cerdos?... ¡Pues tiene más sustancia!



—¿Me das un pitillo?
—Te daré una horquilla, ó un peine, ó un clavo; este paquete no tiene más que eso.

CHISMES



Y CUENTOS

Hace pocos días publicó el *Heraldo* una fotografía definitiva.

Titulábase «Lo que bebemos», y ponía de manifiesto el momento crítico en que una respetable piara de cerdos se hacía la *toilette* bañándose en el mismísimo canal de Lozoya.

¡Y esto, en vísperas de que el cólera se dé una vueltecita por aquí!

Con que ya sabes, lector, que el problema no es de *guagua*; malo, si no bebes agua... ¡y si la bebes, peor!

**

El apóstol Santiago ha hecho este año, como todos los anteriores, su reaparición por los madriles con la inevitable verbena en la plaza de San Marcial.

Por cierto que los taberneros del tránsito están que echan vino con el jefe superior de Policía, porque, a pesar de estar en época de feria, les hacen cerrar sus establecimientos a una en punto de la noche.

Porque es lo que ellos dicen: ¿No consintieron que las tabernas de la Bombilla estuvieran abiertas durante la verbena de San Antonio...? ¡Pues a ver qué méritos tiene este santo que no los tenga Santiago!

Y no les falta razón a esos buenos taberneros; pero es que estos caballeros no saben la tradición.

Y aun cuando ellos dicen bien no les servirá su maña, pues... «Santiago cierra España» ¡y las tabernas también!

**

Ahora resulta que en Marruecos salimos a incidente por día.

Cuando no es un oficial francés que abofetea a un soldado español, es un loco, también francés, que trata de agredir a uno de nuestros centinelas.

Pero, loco ó cuerdo el francés de turno, siempre resulta lo mismo: que todo ello da lugar a una declaración por la vía diplomática, que debe ser una *vía* ideal, porque rara vez hay en ella ni un mal *choque* ni un mal *descarrilamiento*.

Total; que el día menos pensado habrá incidentes allá en Larache porque no habremos agasajado ¡a un distinguido señor *apache*!

**

La próxima temporada teatral va a comenzar bajo los peores auspicios.

¡Calculen ustedes!... Por de pronto, y gracias a la supresión de los consumos, las localidades sufrirán un sensible — ¡y tan sensible! — aumento de precio, pues entre unas cosas y otras, el impuesto se eleva a un 25 por 100 del valor de la localidad.

¡Una friolera!...

Hay quien dice que el que más sale perdiendo es el público; pero yo opino, y creo que con algún fundamento, que los que más pierdan serán los autores.

Porque si antes por una peseta *los morenos* gritaban la mar y al menor chistecito patoso ya la grito se oía en Tetuán, ¿qué no harán, ¡oh lector!, *los amigos* cuando paguen *la pela* y un real y se estrene una obrita mediana de esas que hay que podían pasar? ¡Machacarle al autor la cabeza; no volver al teatro, y en paz!

**

Nos aconseja un bando de nuestro eximio alcalde que todo aquel que quiera del cólera librarse, ni debe comer fruta, ni debe comer carne, ni debe beber agua que no esté hervida antes, ni debe andar con ropas, ni debe tener catres, ni debe de estar sucio, ni debe de lavarse; ¡por Dios, amigo Francos!, ¡por Dios, señor alcalde!, ¿por qué usted en ese bando no dice, y acaba antes?: «Todo mortal que quiera del cólera librarse... ¡que se pegue dos tiros en mitad de la calle!»

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Menflis.—*Barcelona.*—De todo lo que envía, se publicarán los *Epigramas*. Respecto al soneto «Tus sortijas», tenga un poquito de calma, que llegaremos a él.

F. T.—Sirve su composición y entra en turno.

F. B. S.—¡El que se va a mudar de domicilio va a ser el periódico, si si ve usted mandando cosas con tan poca gracia como la que nos ocupa!

Un joven castellanoviejo.—Siga, siga soñando el amigo, pero procure no escribir cuando esté dormido, porque su composición es más aburrida que una siesta.

Mediogaleno.—*Algeciras.*—Dice usted en su carta: «Por desgracia, por más que he hecho, no he podido aconsonantar el último verso.» ¡Esa encantadora sinceridad le honra, amigo mío!... Siga trabajando... ¡y a ver si puede usted aconsonantar otros versos cualquiera, por que, lo que es estos, van al cesto en compañía del dibujo!

J. F.—Conque ¿usted quiere que le publiquemos alguna *cosita*?... Pues no hay inconveniente. Allá va:

«... me refiero, queridos lectores, a una hermosa niña de diecisiete abriles, un encanto de años juveniles.

M. L. son las iniciales y desprecia los amores. (Eh?)»

Ese (eh?) supongo que lo pondrá usted para decirnos: —Fíjense en lo que me he sacado del sitio donde otros tienen los sesos.

Pero, prosigamos:

«Por Dios, no siga con esa manía, que si de mis llantos y mis penas en su corazón no hallo consuelo pondré fin a mi desesperada vida.»

¡Ay! .. Sí, señor; ponga fin cuanto antes a su «desesperada vida», y de este modo no volverá usted a coger la péñola.

Fray Tintín —¡Uf!... ¡Eso es más serio que un disgusto conyugal, con intervención de la suegra y todo!

C. G. C.—Pues... ¡tampoco esta vez sirven los *Cantares*!

F. B.—Tampoco sirve su trabajo. ¡Válgame Dios, qué semanita!

D. N.—*Lo que se oye*... llama usted a su trabajo. Y yo, al ver las pretensiones con que está escrito y la poca gracia que tiene, parodio el título y digo: ¡*Lo que se lee*!

L. J.—*Lucaniena.* — ¡Ay! Tampoco sirve el dibujito.

COMPRE USTED

TODAS LAS SEMANAS

ARTE TAURINO

el semanario de toros de mayor circulación

Informaciones gráficas de todas las corridas de España. — Colaboración de los mejores escritores taurinos.

PRECIO: 20 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

En breve aparecerá

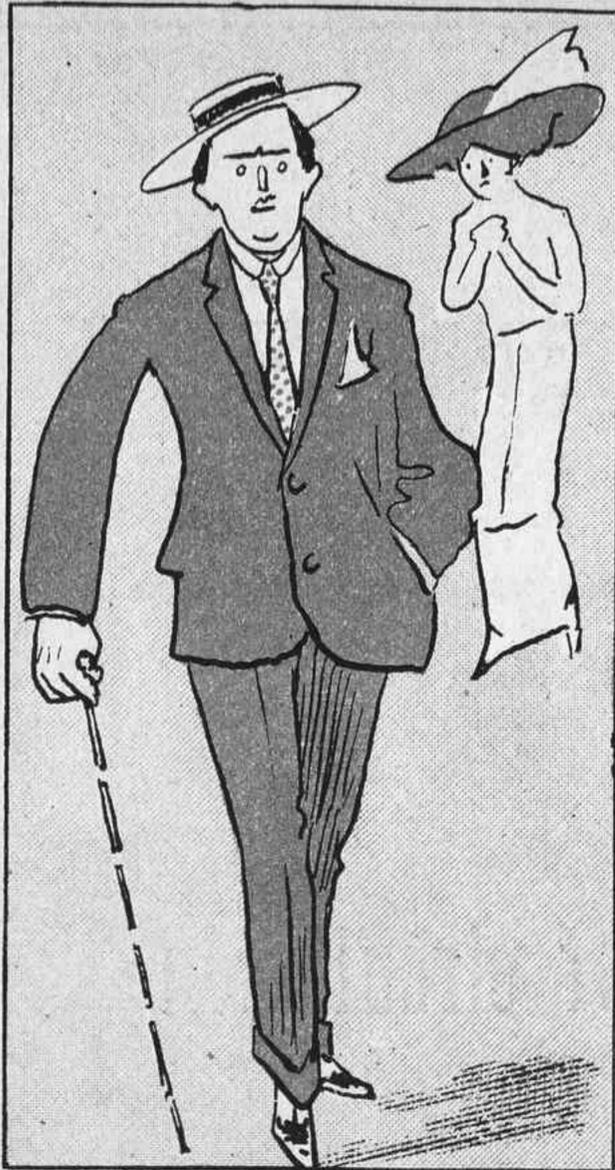
EL CUENTO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL

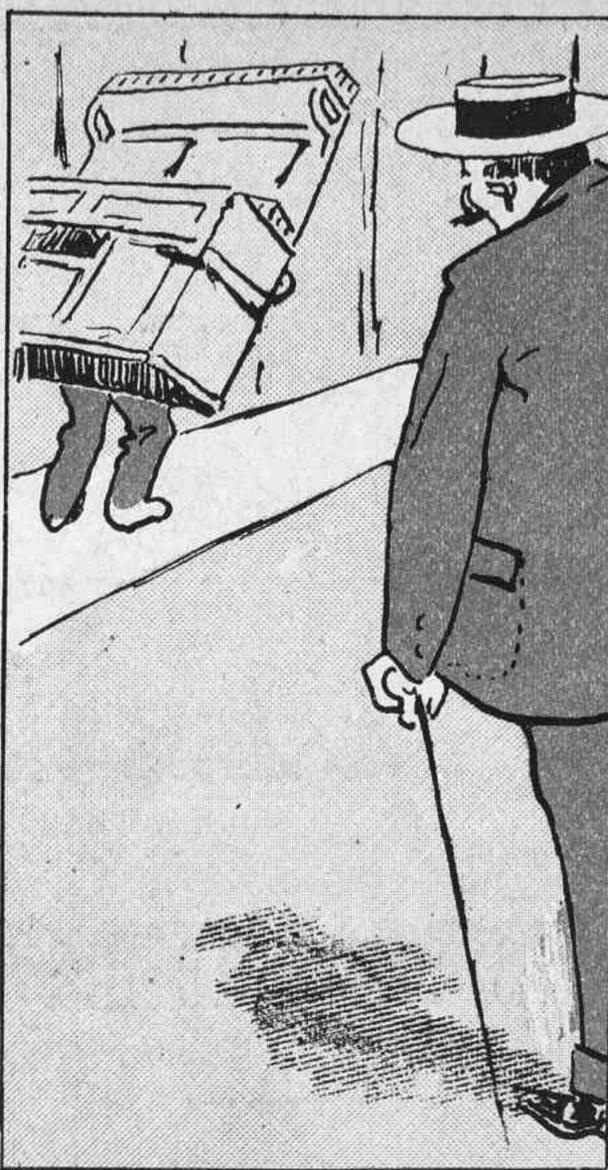
Colaboración de los mejores escritores. — Edición á todo lujo en papel couché.

—❧ VEINTE CÉNTIMOS ❧—

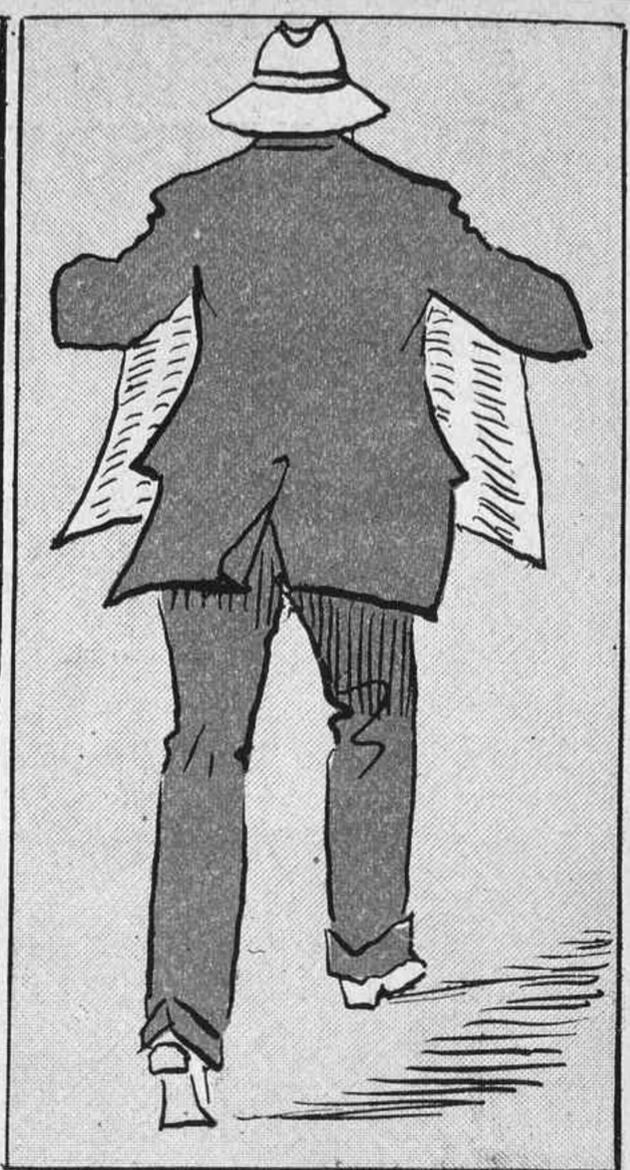
ANUNCIOS Y... RIPIOS, por Almoguera.



—¡Jesús, y qué corbatas lleva Cazorra!...
Voy á ver si me dice dónde las compra.
Mariana Pineda, 12.



—¡Vaya un armario elegante que me acabo de comprar; como este sólo los venden en casa de **Apolinar**.
Infantas, 1.



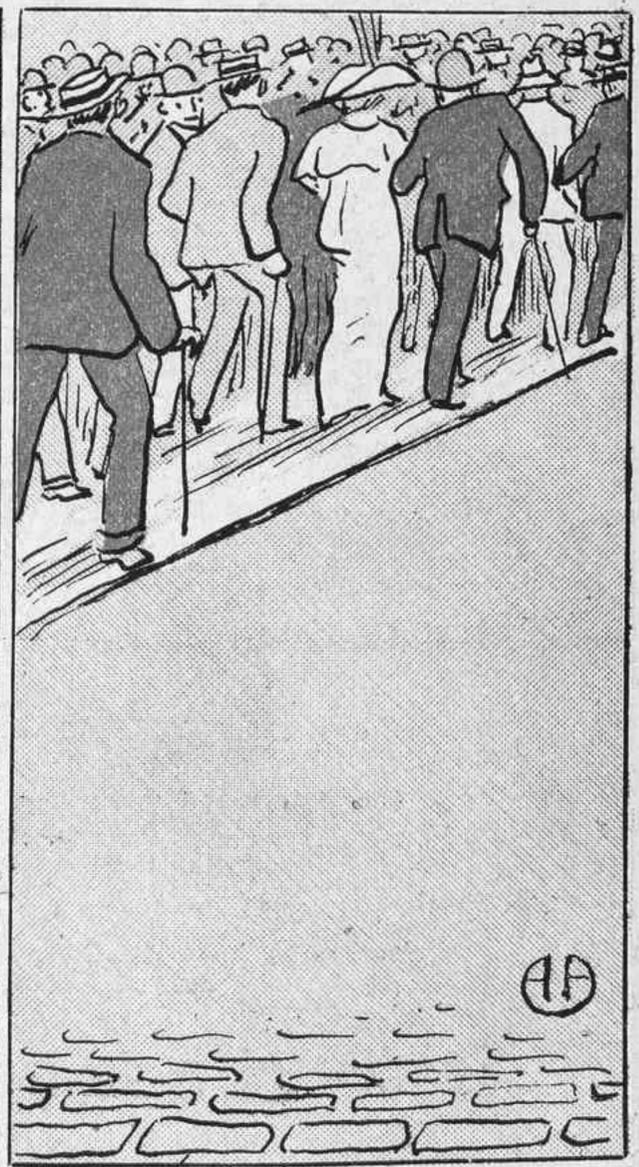
Voy á ver si tomo el tren que parte á Fuenterrabía, pero antes, compro una gorra de las de **González Rivas**.
Preciados, 25.



—¡Ay! chiquilla, ese cuerpo me satisface.
—Es el corsé **Regúlez** el que los hace.
Bordadores, 11.



—Diga usted, querido guardia, ¿dónde me compro un buen traje?
—Hombre en casa de **Cabiedes**; eso cualquiera lo sabe.
Fuencarral, 6.



—¿Dónde va toda esa gente que en montón por aquí pasa?
—A comprarse un par de botas superior, á **La Giralda**.
Esparteros, 11.

